

Candombe

Palabras dichas durante la inauguración de la muestra de Diego Bianki en la Galería Mar

Christian Ferrer

“Candombe”, la nueva obra de Diego Bianki, trata acerca de un montón de negros que pasan bailando y tocando el bombo por la calle mientras la concurrencia arrasa con el choripan y la cerveza. Se diría una alegoría peronista: “una fiesta del pueblo”. Si no supiéramos ya que Colonia del Sacramento es la ciudad que inspiró estos trabajos, las contemplaríamos como a estampas del África o de una zona suburbana del Gran Buenos Aires. Nos hallaríamos en plena negrada. Entonces, “cosas de negros”, que ese es el significado de la palabra “candombe”. Los negros, como se sabe, son personas de color negro, y la negritud es justamente el tema aquí evocado e interrogado.

¿Qué es lo negro? Es lo negado de la historia rioplatense, más allá de que sepamos que las palabras matete, milonga y mucama sean de origen africano, y que haya personas idealistas que presupongan que los negros uruguayos, de los que todavía quedan unos 30.000, son por lo general buena gente, específicamente por ser negros. Sabemos incluso, debido a investigaciones recientes de genetistas locales, que el 25% de la población argentina actual posee genes negros. Y sin embargo, magra es la herencia recibida. Quizás porque lo negado es la existencia histórica misma del comercio de carne humana en la época del virreinato, o sea la esclavitud. Consecuentemente, también es negada su supervivencia en el mundo somático de la cultura popular.

La negritud está presente también en las figuras corporales de Bianki, a las que no podemos imaginar quietas o anodinas. Están en marcha, es decir en trance. De allí el interés de Diego Bianki por la conjunción entre la sonoridad prefonética y el ritmo del cuerpo, en tanto asumamos que el cuerpo humano es portador de potencias misteriosas a las que las reglas de conducta y del buen gusto no dejan expresar libremente. En el caso del candombe, pueden hacérsenos presentes como poder hipnótico convocado por la presión del ritmo percutor sobre las lonjas de cuero o como soliviantación festiva que apenas disimula un antiguo clamor del cuerpo y en el que se intuye un residuo ancestral, es decir lo africano, que a su vez es la marca orgánica de la humillación de los esclavos.

Esto no es fácil de percibir, puesto que el espectador de los desfiles de candombe suele solazarse en lo colorido de las vestimentas, banderolas y plumajes, o bien en la carne trémula y deleitosa de las bailarinas. La música en sí,

el candombe, a muchos les puede parecer una barahúnda algo monótona. Pero esa percepción monocorde del candombe sólo evidencia la falta de entrega del espectador a la llamada de los tambores. Al no dejarse llevar por la “locura de la percusión”, la esencia de la fiesta se le escurre del entendimiento, porque hay ciertos eventos y ciertos ritmos que no pueden ser disfrutados si no se está en el estado de ánimo propicio, “en la misma sintonía”. Así también, para poder disfrutar de las fiestas que culminan con canciones de borrachos, hay que estar borracho uno mismo.

Y también el tono de la obra de Bianki, es decir el modo de plasmar las reminiscencias atávicas del candombe, es oscuro. Es la gama cromática que se corresponde con el esplendor de las noches de alegría y de fiesta, cuando se baila bajo la influencia de la luna. Esto nos recuerda cuan suave y amable es la noche de verano en el Uruguay.

Doy fe que el interés de Diego Bianki por el candombe es antiguo. Cierta vez, hará unos quince años atrás, estando en Colonia, me fui hasta Riachuelo a presenciar el carnaval, cuya gira regional lo había conducido hasta ese pequeño pueblo. Hubo desfile de bailarines y percusionistas, que habrá tardado unas dos horas en pasar frente a la doble fila de espectadores. Y cuando todo culminaba, al final del desfile, lo veo venir a Diego Bianki vestido de festejante, teñida la cara de negro y dándole animosamente al bombo. ¿Qué estaba haciendo este hombre allí? Como por entonces él editaba una revista llamada *El Lápiz Japonés*, cuyo primer número terminó siendo llevado a juicio por los cuáqueros, que alegaban estar ofendidos en sus sentimientos religiosos por causa de la tapa de la revista, supuse que Bianki se había fugado de la Argentina y ahora vivía en la clandestinidad y con la cara pintada. (Por cierto, que una revista de arte e historieta haya entrado en litigio con cuáqueros resulta ser un episodio casi inverosímil). No hay nada más blanco –blanco sonrosado– que un cuáquero y nada más negro que un músico de candombe. Pero no era verdad que Bianki estuviera camuflado, más bien se había metamorfoseado en “lubolo”, esos blancos que se disfrazan de negros para el carnaval. Había descubierto que, en Colonia, donde todo es correcto y nunca pasa nada, sin embargo se puede ser, legítimamente, medio negro.